

# La Luz del Porvenir

Gracia 24 de

Marzo de 1892.

PRECIOS DE SUSCRICION.  
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION  
Plaza del Sol, 5, bajos,  
y calle del Cañón, 9, principal.  
SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION  
En Lérida, Cármen 26, 3 En  
Madrid, Ballesta 4, principal  
derecha. En Alicante, San  
Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Justicia para mí tambien.—Punto final.—Los niños.—Los dos niños.—Los verdaderos sacerdotes.

## JUSTICIA PARA MÍ TAMBIEN.

Sra. D.<sup>a</sup> Amalia Domingo Soler:

Ya ve V., señora y amiga mia, como se equivoca V. suponiendo que no quiero oirla y llamándome *peor sordo*: los sordos podrán ser nuestros lectores, sobre todo los míos, que están saturados de espiritismo por mi culpa: por tanto si estos están satisfechos y los de V. no necesitan la predicación del dogma, dejemos esta polémica que no será la única que, por mucho que sea su interés, resulte ineficaz. No lo extrañe V. ni se queje, porque á la de Jesús le ha sucedido poco más ó menos lo mismo.

Protesto del calificativo de *sabio* que V. gratuitamente me aplica, á ménos que para sí misma encuentre otro mas elevado; pero considero mi ingenio muy por bajo del que V. manifiesta en sus excelentes escritos: mas no se trata de esto, sino de quién tiene razón; porque aunque los dos fuéramos sábios, de ellos es errar y mudar de consejo. Esto último no será posible conseguirlo de V., pero lo primero, tan facil es en V. como en mí, y prueba de ello que hasta al juzgarme se equivoca.

Cuanto V. dice para probar que nacen todos los hombres iguales, es un perfecto paralogismo: yo no he dicho que nazcan todos iguales, sino que Dios los hizo iguales, lo cual no es lo mismo, á ménos que V. niegue la unidad del género humano, ó atribuya á Dios la intervención directa en cada nacimiento, hasta ser El el autor de la ceguedad, la sordo-mudez, la parálisis y el idiotismo: esto es demasiado grave para que V. lo establezca sin pruebas.

Siempre he creído que el destino humano es uno y el mismo para todos: alcanzar los más altos grados posibles de semejanza con Dios, nuestro tipo y modelo: que lo consigan, que lo realicen, que lleguen todos á poseer el mismo grado en esa perfección, eso no se me ha ocurrido y claro está que no lo he dicho. Estoy muy conforme con todo lo que V. declara en este punto; pero *no era este el lugar*, no me atribuya V. proposiciones por el placer de desbaratarlas.

Así mismo, sin negar esas existencias ulteriores en que V. se complace, porque ni para negarlas ni para admitirlas tengo razones suficientes, sostengo que ni para la justicia de Dios, ni para el destino del hombre las creo necesarias: lo primero, porque Dios ha hecho por la Humanidad terrestre cuanto es necesario para su progreso y para su salvación; y si entiende V. que algo falta, eso es lo que toca hacer

al hombre mismo, y á ello no se oponen otros inconvenientes que los que procedan de él, ó de los que le rodean. Hay que buscar la razón de nuestros errores y malos hábitos en la propia imperfección, en la educación, en las pasiones y en la deficiente ó funesta influencia del medio social que nos rodea. De nuestros males hay que indagar la causa lejos del Cielo: porque los obstáculos no tienen origen divino. Si llego á luchar y á vencer en la tierra, tengo un cielo por premio; si no quiero la batalla ó soy desleal á mi bandera, que debe ser el deber, tengo un castigo en la negación de esa gloria. Esto me basta: si V. quiere que siga esa pelea en otros astros y que escalemos el Cielo de sol en sol y pulimentados con los rozamientos con otras humanidades, sea; pero pruebe V. que será así porque no tiene más remedio que ser. Será que mi inteligencia es chica y por eso creo que esas existencias indefinidas son innecesarias; pero venga la prueba de su necesidad y cambiaré de dictámen, tanto más fácilmente, cuanto que no me estorban: con tal que ninguna de esas vidas que V. me promete se parezca á esta que estoy terminando, crea V. que no me importa ir tras de la tierra al sol, aunque lamente que se retarde el momento de volver al Cielo.

Algunos millares de gotas dulces, no variarían el sabor del océano: así algunos millones de individuos que contrarían el progreso, no conmoverán en lo más mínimo la ley providencial de Dios que rige los pueblos y la Humanidad. No consideremos aquellos en ésta como sumas totales: ni aun las familias pueden tratarse como meras unidades para estos cálculos, aunque yo no niegue que á mayor número de individuos buenos debe corresponder mayor cantidad de familias honradas, como á la mayor suma de familias excelentes, un estado social más aceptable; pero nada de esto es un progreso: esto en el individuo está encomendado á sí mismo, aunque, si lo merece, le ayude Dios, y claro está que si lo merece y lo obtiene, ya son innecesarias las vidas ulteriores. ¿No dirá Dios nunca *basta*?

¿Por qué hemos de recorrer todos los innumerables mundos, si ya hemos satisfecho plenamente la prueba á que nos hallamos sometidos y hemos alcanzado el grado de perfección que nos hace merecedores de la gloria? ¿Es que no lo alcanzaremos nunca? Entonces el Creador ha hecho en la tierra un mundo deficiente, y en la Humanidad terrestre unos eternos peregrinos, especies de *judíos errantes* que no han de terminar jamás ese trabajo de Proteo, cuyo principio quisiera que V. me explicase. ¿Por qué se toma mi alma del Cielo y se la somete á esta obra de Penelope, pero mucho mas dolorosa que la de ésta?

Usted que supone los mundos habitados, está en el caso de demostrar que no hay en ellos distribución de castas: yo en esa hipótesis solo afirmaríá que son seres de diferente naturaleza, adecuada á las condiciones particulares de cada astro, á la manera que en nuestro globo en aire, aguas y tierra, y en esta última en general, andan distribuidas las especies animales.

Admiro su poético párrafo acerca del trabajo y de la moralidad del hombre sobre nuestro suelo; pero no hallo en él argumento contra mí como no hallo prueba de que sea Dios el Creador injusto de esas desigualdades orgánicas que yo creo hechas del hombre, ni temo que el Supremo Juez las deje de tener en cuenta al dar á cada cual su merecido, ni de exigir la responsabilidad por ellas á quienes corresponda.

Cierro aquí la polémica, no sin volver á protsetar del calificativo de *sabio* que sin duda irónicamente me aplica, puesto que me contradice, y despues de reconocer su buen talento y su poco común ilustración, sobre todo en una señora, concluyo pidiéndole justicia para mí, porque otorgándola á todos no sería bien que me excluyera en el reparto de tan precioso derecho.

Soy suyo affmo. amigo y S. S. Q. B. S. P.

ROMUALDO A. ESPINO.

## PUNTO FINAL.

Sr. D. Romualdo A. Espino.

Pensaba no escribir una sola línea más dirigida á usted, pero he variado de opinión al leer el último párrafo de su artículo inserto en *El Contribuyente* de Cádiz el 26 de Enero último que dice:

“Cierro aquí la polémica, no sin volver á protestar del calificativo de *sabio* que sin duda irónicamente me aplica.”

Tenga usted presente, señor Espino, (de hoy para siempre,) que no empleo nunca en mis humildes escritos el lenguaje de la ironía; mi espíritu está á mayor altura, y por eso le doy á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Usted, podrá no tener en el fondo de su alma ningun ideal filosófico á que asirse no con la fé ciega del creyente, sino con el convencimiento del verdadero racionalista; usted podrá divagar en el cielo y en el infierno de los católicos, soñando tal vez con la gloria eterna; podrá usted en sentido religioso aceptar como buenas todas las fábulas de la tradición, pero dejando aparte al hombre niño, esto es, al hombre con la religión de su infancia, (que quizá conserva como piadoso recuerdo de una madre adorada y de un padre honrado:) cuando trata usted las demás cuestiones de la vida, el que no sea envidioso, reconocerá en usted al pensador profundo, al hombre estudioso, y sábio es el que estudia y el que piensa, aunque mire á través de los cristales ahumados de las religiones.

¿Qué es la sabiduría? el conocimiento exacto de las ciencias ¿y qué es la ciencia? el pulso de la creación. En los escritos de usted el saber humano resplandece, luego indudablemente es usted un sábio de la Tierra, al que yo respeto y admiro como á los demás hombres que consagran una gran parte de su existencia á saber el por qué de las cosas.

En cuanto á lo demás, usted se queda con sus creencias y yo con mi sed de progreso, creyendo que el vivir es arrancar velos al infinito, y que la razón es el reloj eterno que marca las horas de las civilizaciones, que la ciencia es el hilo telegráfico entre Dios y el hombre, porque es la verdad suprema.

Usted pregunta: “No dirá Dios nunca: *basta?*” y yo tengo la completa certidumbre que jamás lo dirá; porque si lo dijera, entonces la vida no tendría razón de ser; esa frase pronunciada por la Divinidad sería la negación del progreso, la paralización de cuanto se agita en el Universo, el *ocaso* de todos los soles que irradian en el espacio, la eterna noche del caos, la sombra envolviendo á los mundos con el manto de la muerte y del olvido.

Deja usted sin resolver el problema del destino que les cabe á los ciegos, sordomudos, paralíticos é idiotas, no concediendo al hombre más que una sola existencia. Usted dice:

“Yo no he dicho que nazcan todos iguales, sino que Dios los hizo iguales, lo cual no es lo mismo; á menos que usted niegue la unidad del género humano, ó atribuya á Dios la intervención directa en cada nacimiento, hasta ser El el autor de la ceguera, la sordo mudéz, la parálisis y el idiotismo: esto es demasiado grave para que usted lo establezca sin pruebas.”

Yo, señor Espino, no atribuyo á Dios la intervención en cada nacimiento, pero mi razón le pide cuentas del porqué si todos son sus hijos, han de ser unos tan dichosos y los otros tan desventurados; y solo en la pluralidad de existencias del alma, encuentro la explicación satisfactoria de lo que á la simple vista es lo

más cruel y lo más injusto; la continuidad de la vida, el progreso indefinido del espíritu, es lo que pone de manifiesto la sabiduría de Dios; por las encarnaciones sucesivas, se comprende que los vicios de ayer, son las cadenas de hoy; que el que mata, se predispone á que lo maten, que la perfección del espíritu es la obra gigantesca de la eternidad.

Dice usted: "Así mismo, sin negar esas existencias ulteriores en que usted se complace, porque ni para negarlas ni para admitirlas tengo razones suficientes, sostengo que ni para la justicia de Dios, ni para el destino del hombre las creo necesarias: lo primero, porque Dios ha hecho por la Humanidad terrestre cuanto es necesario para su progreso y para su salvación; y si entiende usted que algo falta, eso es lo que toca hacer al hombre mismo, y á ello no se oponen otros inconvenientes que los que procedan de él, ó de los que le rodean. Hay que buscar la razón de nuestros errores y malos hábitos en la propia imperfección, en la educación, en las pasiones y en la deficiente ó funesta influencia del medio social que nos rodea. De nuestros males hay que indagar la causa lejos del Cielo, porque los obstáculos no tienen origen divino. Si llego á luchar y á vencer en la tierra, tengo un cielo por premio; si no quiero la batalla ó soy desleal á mi bandera, que debe ser el deber, tengo un castigo en la negación de esa gloria. Esto me basta."

Le bastará á usted, señor Espino, porque tiene inteligencia para trabajar en su progreso y moralidad suficiente para no resbalar en la pendiente del vicio; ¿pero, qué haremos con los que nacen idiotas? si hay que buscar *la razón de nuestros errores y malos hábitos en la propia imperfección, en la educación, en las pasiones y en la deficiente ó funesta influencia del medio social que nos rodea,* ¿qué educación ha recibido el que acaba de nacer? ninguna, (si solo se mira su existencia actual) ¿y porqué habiendo tanto sábio ha de vivir y crecer un idiota que sirve de mofa y de diversión á los demás? Aquí no hay vuelta de hoja, ya puede usted escribir un libro en fóllo dando explicaciones del *medio social* y de su *deficiente ó funesta influencia*; sin las existencias sucesivas del alma, no tiene explicación racional que un hombre nazca sin brazos, ó ciego, sordo mudo, ó idiota, ó inclinado á la perversidad, mientras que otros son sábios, justos, grandes, honra y orgullo de la raza humana.

Si en todos los hombres hay el soplo divino de Dios, si su inteligencia los distingue y los eleva sobre las demás especies, que pueblan este mundo, no puede nacer ningun hombre sin más destino que arrastrarse por la tierra como los reptiles, ó lanzar ahullidos como las fieras. Aquel espíritu tiene por necesidad que redimirse, tiene que trabajar en su progreso, y para esto necesita tiempo y luz en su razón.

Ya pueden escribir las lumbreras de todas las religiones y los sábios de todas las escuelas filosóficas; ni los Padres de la Iglesia con su estrecho cielo y su terrible infierno, ni los pensadores materialistas con su eterna evolución de la materia, han demostrado ni demostrarán racionalmente porqué el ciego nace ciego, y el idiota, idiota. Solo el Espiritismo es el que hasta ahora ha encontrado la *Causa* de tales *efectos*; mañana, otras inteligencias más lúcidas, otros espíritus más adelantados, otras generaciones más humanitarias, darán solución á los grandes problemas que hoy dejan sin resolver las religiones con sus cielos y sus vírgenes milagrosas, y el materialismo con su eterna evolución de la materia.

Nunca las humanidades pensadoras dirán *basta*, no queremos saber más; siempre preguntarán á Dios: ¿Porqué nos creaste? ¿qué destino es el nuestro? ¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos?

Y como la paloma del *Esíritu Santo*, se ha convertido en el sol de la ciencia, ésta demostrará á los hombres, que los soles son la irradiación de Dios en la inmensidad, pero que la inteligencia del espíritu, es más grande que todos los soles del Universo, porque es la balanza con la cual pesa Dios los mundos.

Adios, señor Espino, á nuestra amistosa polémica, pongo.... *punto final*.

AMALIA DOMINGO SOLER.

Gracia 29 Febrero 1892.

## LOS NIÑOS.

Entre los seres que pueblan la tierra, los que más simpatía me inspiran, los que más me encantan, los que más me atraen, son los niños. ¡Ah! sí, vengan á mí esos pequeños ángeles de cabellos de oro, de caritas de nacarada blanca, de ojos vivos y penetrantes iluminados con los resplandores de los cielos, de boquitas sonrosadas y frescas como los cálices de las rosas salpicadas de matinal rocío! Sí, vengan á mí con sus inocentes travesuras, su bulliciosa animación, su graciosa é inimitable charla, la espontaneidad de sus sentimientos, la exuberancia de su vida! Yo veo en los niños resumidas todas las bellezas de la creación; en sus caricias, algo de los besos del sol; yo oigo en sus argentinas vocesitas como el suspiro del aura, como un himno del paraíso; un canto celestial.

Cuanto hay de puro en la tierra y en los espacios de la divina luz, veo yo cernerse sobre las lindísimas cabezas infantiles, como una brillante aureola.

Nada en este planeta eleva mi pensamiento hasta la sublimidad, como las dulces sonrisas de esos tiernos y delicados séres. ¡Hay en ellas tanta poesía!...

¿Qué son los niños? Son los hombres de mañana, la esperanza del porvenir, los libros inéditos de la humanidad; las blancas páginas, en las que el amor y la ternura de la madre, debe escribir las saludables y sublimes máximas de la moral cristiana; las preciosas flores del amor, que fecundadas por el bienhechor rocío de las caricias maternas, esparcen el perfume embriagador de la inocencia.

¿Quién no ama á esos tiernos querubos? ¿á quién no extasía su encantadora charla, que parece aprendida de los dulces trinos de los enamorados ruiseñores? ¡Pobrecitos, tan débiles, tan delicados!..

Contemplando á los niños, hermosas flores desprendidas de la corona de Dios, se cree en los ángeles; por eso yo, que no me satisfacen los paraísos de las religiones positivas, siento inundárseme el alma de oleadas de luz cuando los grandes ojos de mi Luisa, (encantadora niña que hace cuatro años enjuga con sus besos mis lágrimas, preciosa estrella que brilla en el cielo de mi hogar) envolviéndome en una de esas miradas, que abren al alma las puertas del paraíso, funde la mía al calor de divinas emanaciones.

Yo para adorar á Dios, no necesito prosternarme ante las frías y mudas imágenes que reciben á diario los monótonos y rutinarios rezos que pronuncian maquinalmente, los ciegos creyentes de una religión caduca. Me basta para rendirle el fervoroso culto de la más profunda gratitud, ver la dulce mirada de este pequeño ángel, que su infinita misericordia, puso á mi lado en la tierra, para sembrar de flores el calvario de mi vida.

Velando el tranquilo sueño de mi Gonzalo, á través de cuya diáfana frente, creo en mi material delirio presentir un héroe, un génio, ¡algo de un Dios! Meciendo

la cuna de mi Amalia, en la que me complazco en adivinar un alma pura, grande, celestial, mi espíritu conmovido por el más noble y santo de los sentimientos, elévase al trono de Aquel, á quien es deudor de su mejor y más preciado tesoro.

La pequeña cuna, la blanca camita donde reposan mis niños, cándidos nidos de mis amores, de mis esperanzas, de mis consuelos!: hé aquí los altares, ante los cuales mi espíritu de hinojos pide al Supremo Hacedor, un destello de inspiración divina para inculcar en sus tiernos corazones, las sublimes virtudes de la caridad y el amor al bien.

¡Ah! nosotras las madres; las que hemos recibido de la Naturaleza la sagrada investidura del grande y augusto sacerdocio de la maternidad! ¡nosotras, las que deliramos por nuestros hijos, ídolos bellos á quienes en el altar de nuestro corazón rendimos el culto del más puro, más desinteresado, más espontáneo, más perfecto y más constante de los amores; nosotras las que ciframos toda nuestra ventura en su dicha, las que arrullamos sus sueños con nuestros cantos y sollozos, las que sentimos estremecido el corazón de gozo, apresurar sus latidos, al oírles balbucear nuestro nombre, las que damos aliento á sus débiles existencias, con el dulcísimo bálsamo de nuestro seno, las que formamos su corazón de hombre y alimentamos su conciencia con la sávia de la verdad, las que, en fin, reasumimos nuestra historia en estos sublimes sentimientos: ¡amor! ¡ternura! ¡abnegación!, tenemos el deber imprescindible de penetrarnos de la grandeza é importancia de la misión que nos ha sido encomendada, misión que hace de cada una de nosotras, el mentor que guía los pasos de nuestros hijos, por las escabrosidades de la tierra, el faro que los ilumina en las densas nebulosidades de la vida.

Nuestra importancia en la vida moral y física de nuestros hijos, es grande, inconmensurable y grande es también la responsabilidad que contraemos ante Dios, ante la sociedad, ante nuestra conciencia, si no cumplimos dignamente nuestros altos y sagrados deberes maternales. ¡Ah! quisiera poseer todas las virtudes y conocimientos necesarios, para sembrar en el alma de mis ángeles, las semillas del bien y hacer germinar en sus cerebros ideas redentoras de progreso y libertad, pero desprovista como me hallo de unas y otras, solo me es permitido pedir á Dios con todo el fervor de una madre, que pide para sus hijos, un rayo de su divina luz, para encaminar los pasos de los míos, por la estrecha senda de la virtud que conduce á Él.

ISABEL PEÑA DE CÓRDOBA.

## LOS DOS NIÑOS.

### I.

Julia yace en rico lecho. Su dulce sonrisa hace contraste con la palidez que reciente sufrimiento ha impreso en su semblante. ¿Qué mira á su lado con arrobador éxtasis? Un niño. Un beso y otro beso imprime en sus mejillas diciendo con vehemencia: ¡Hijo mio, cuánto, cuánto te quiero! Un jóven á su lado mira conmovido los transportes de alegría á que se entrega su compañera, pero nada dice.

¿Acaso necesita de la palabra para dar á comprender la grata emoción que le domina? No. Su elocuente mirada lo espresa todo. Hace poco su esposa decía entre suspiros: ¡Ay de mí, yo me muero! pero ya pasó, ya nada recuerda. Es ma-

dre. Nombre bendito, nombre que inunda de inefable dicha el corazón de la mujer, haciéndole olvidar los dolores que ha de sufrir para alcanzar tan dulce nombre. Cuando la jóven ha dado libertad á su alegría, mira á su esposo con ternura diciendo:—Mira, mira, Manuel qué hermoso es. Cuánto se te parece. El padre rie gozoso y con un beso de amor sellan sus labios, beso, que como una bendición cae sobre la frente del niño.

Pobrecito, llora. ¿Qué tendrá? tal vez frio? tal vez alguna cinta aprieta su cuello. Veamos.

—No, déjalo, le harías daño.

—No seas tonta, verás qué bien sé tenerlo en mis brazos. Qué chiquitin es. Lo primero un beso.

Con qué cuidado, con qué delicadeza afloja Manuel las cintas de su gorrita, pero el niño sigue llorando.

El novel padre dá algunas vueltas por la estancia, acercando sus labios á las mejillas del niño por ver si con su calor le adormece.

Julia algo inquieta dice:—Manuel, dámelo, pueque enfriarse; á mi lado estará mejor.

—Es verdad, aquí lo tienes, así, bien arrimadito, pero cuidado no le ahogues.

Por fin el niño duerme, su madre le mira con inmensa ternura, su padre por no despertarle dice muy quedo: ¡Dios te bendiga!

## II.

Otra mujer jóven tambien yace en pobre lecho. El dolor hace más visible su palidez y con su llanto humedece el puro semblante de un ángel. ¿Porqué llora? ¿Porqué tristes suspiros salen de su pecho? ¡Infeliz, inmensa debe ser su desventura! Una mujer de mediana edad entra en la reducida estancia, la jóven se estremece y su desesperación aumenta á medida que la mujer se acerca hácia ella.

—Vamos Magdalena, es preciso que te separes del niño.

—¡Oh no, madre mia! Yo trabajaré sin descanso para que nada falte á mi hijo. No volveré al pueblo y nadie sabrá mi falta.

—¡Imposible! Esto solo faltaría para acabar de perderte. Si no hubieses faltado á tus deberes no te encontrarías en tan apurado trance.

—Pero qué será de mi hijo.

—En la inclusa encontrará una madre. Allí deben ocultarse los hijos del pecado.

La jóven se cubrió el rostro y lloró amargamente. Las lágrimas fueron su única protesta y sin fuerzas para resistir dejó que le arrebatasen al niño.

## III.

Porqué el hijo de Manuel y Julia fué recibido con halagos y caricias? ¿Porqué amorosos besos secaron sus lágrimas y el camino de su infancia está alfombrado de fragantes flores nacidas del amor de sus padres? ¿Si su alma fué creada al mismo tiempo que su cuerpo qué merecimientos llevó consigo? ¿Porqué el hijo de Magdalena, ser inocente tambien, fué separado bruscamente de su madre, y mercenarias manos pagadas por el Estado cuidan su cuerpo sin que sonria gozoso al calor de maternales besos? Porqué está vedado á sus labios decir: ¡Madre mia cuanto te quiero! ¡Padre mio benditos sean tus desvelos! ¿Será verdad que las faltas de los padres caen sobre los hijos hasta la quinta generación! ¡Imposible! La justicia de Dios no puede hacernos responsables de ajena culpa. Sin un pasado anterior á nuestro nacimiento no tendrían razon de ser tantas injusticias. Con las deudas que los unos contraen los otros pagan, y cuando el hombre esté convencido de esta verdad será bueno y dirá á la mujer: Instrúyete yo te ayudaré, ya no empujaré más tu caída y si pronta á resbalar te amenaza un precipicio, alargaré mi mano para detenerte. No negaré el nombre á tus hijos, mios tambien, y unidos andaremos con prodigiosa actividad el camino del progreso. Entonces la mujer ocupará su verdadero sitio, y pagando con creces la protección del hombre, formará el corazón del

niño, y ese baldon de la humanidad llamada incluida desaparecerá para siempre.  
Se realizarán mis deseos, ó son pura ilusión de mi fantasía? Sí, por que el bien es posible ó de lo contrario no se concebiría.

ANTONIA PAGÉS.

## Los verdaderos sacerdotes.

No son los sacerdotes, los hombres revestidos con negras vestiduras, diciendo que hay un Dios; son otros los llamados, son otros los ungidos que llevan á los pueblos del adelanto en pos.

Más estos sacerdotes no adornan su cabeza con mitras, ni capelos, humilde es su vestir; su vida el sacrificio, la angustia, la pobreza, el hambre, el abandono quizá en su porvenir.

Y son sin duda alguna los grandes mensajeros, que agitan las antorchas de inextinguible luz; que arrancan los abrojos de todos los senderos, y mueren abrumados bajo su enorme cruz!

Los maestros de los niños, aquellos que dan vida, aquellos que despiertan y dan ilustración á pueblos sin cultura, dó la ignorancia auida, sin ellos, no existiera la civilización.

El maestro es sacerdote, el maestro es el ungido por El que dió á los Soles fulgente resplandor; él solo es el llamado, él solo el elegido para enseñar al niño la ciencia y el amor.

¡Oh maestros de los niños! con entusiasmo ardiente contemplo vuestro celo, paciencia y humildad; y admiración inmensa tendrá siempre mi mente por esos grandes héroes, ¡salud y fraternidad!...

¡Mentores de los pueblos!.. ¡aliados de la ciencia! del pan que á el alma nutre, vosotros sois la sal; la sávia que fecunda la humana inteligencia, diciendo vuestro credo ¡progreso universal!

¡Salud á los sacerdotes que dentro del laicismo difunden la enseñanza sublime y racional!  
¡salud á los que derrumban al torpe oscurantismo y enseñan los principios de sólida moral!

Si no estais revestidos de túnicas lujosas, ni adornan vuestras sienes coronas de laurel, si no teneis moradas espléndidas y hermosas, y en vaso pobre y tosco bebéis amarga hiel;

En cambio, del progreso alcanzareis la gloria, por que sabeis sin sangre la sombra destruir.  
¡Salud conquistadores! es vuestra la victoria porque instruis á los niños que escribirán la historia y el «Nuevo Testamento» del Dios del porvenir!

AMALIA DOMINGO SOLER.

Gracia 28 noviembre 91